Domingo 15º del Tiempo Ordinario - Ciclo C
Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz

del libro del Deuteronomio (30,10-14):

Moisés habló al pueblo, diciendo: «Escucha la voz del Señor, tu Dios, observando sus preceptos y mandatos, lo que está escrito en el libro de esta ley, y vuelve al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma. Porque este precepto que yo te mando hoy no excede tus fuerzas, ni es inalcanzable. No está en el cielo, para poder decir: "¿Quién de nosotros subirá al cielo y nos lo traerá y nos lo proclamará, para que lo cumplamos?". Ni está más allá del mar, para poder decir: "¿Quién de nosotros cruzará el mar y nos lo traerá y nos lo proclamará, para que lo cumplamos?". El mandamiento está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca, para que lo cumplas».

del apóstol san Pablo a los Colosenses (1,15-20):

Cristo Jesús es imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz.

del santo evangelio según san Lucas (10,25-37):

En aquel tiempo, se levantó un maestro de la ley y preguntó a Jesús para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». El respondió: «"Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza" y con toda tu mente. Y "a tu prójimo como a ti mismo"». Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?». Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: "Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva". ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».

<u>COMENTARIO</u>

El contenido del evangelio de este domingo se expresa mediante una parábola, ahora bien, los comentaristas y los peregrinos, generalmente, opinan que la variopinta historieta que cuenta Jesús, se fundamenta en un hecho ocurrido aquellos días, o un delito real muy típico de aquella región.
La calzada que une Jericó, situado a cerca de 400m bajo el nivel del mediterráneo, con Jerusalén, a unos 735m por encima del mismo mar, de poco más de 30km de recorrido, era y lo es también actualmente, una carretera de uso general muy frecuente. A ambos lados se levantan las faldas de las muchas elevaciones del desierto de Judá, que son recortadas por los numerosos wadis que descienden hacia el Mar Muerto. Es, pues, una senda muy propicia a esconderse entre los estrechos valles, salir a atacar o desvalijar a los viajeros y desaparecer de inmediato, siendo muy difícil detener al ladrón .
Por estos parajes el mismo Jesús se había retirado a meditar y ayunar, inmediatamente después de ser bautizado por Juan, el precursor.
Cuando hace 50 años me movía por primera vez por Tierra Santa, la carretera seguía casi idéntico trazado del de los tiempos de Jesús. Detenerse por el camino y leer la parábola que hoy nos ocupa, era una maravillosa experiencia espiritual. Hoy resulta casi imposible, pues, en la actualidad es una lucida autovía, protegida a ambos lados, siendo imposible salir a menos que uno sepa muy bien como hacerlo. No es imposible del todo si uno desea entregarse a una serena meditación. Piensa uno en Jesucristo entregado a la oración, es la más importante sugerencia del lugar, aunque no sea hoy el tema que nos ocupa.
Cuesta poco imaginar que a espalda nuestra pueda aparecer un delincuente. Tampoco es difícil pensar que en la cuneta puede uno ver a un hombre tendido, magullado, mal vestido, que pide ayuda, sin siquiera entender uno su lenguaje. ¿qué debo hacer?. Se pregunta uno
Soy extranjero, si he llegado aquí es porque dispongo de dinero suficiente, imagino, pues, que he visto pasar un 4x4 del ejército, bien pertrechado, que ha frenado, alguien ha mirado por la ventanilla, después ha dado orden de continuar y se ha alejado. Un minibús de juventud alegre también ha frenado, algunos chicos han querido salir a mirar, tal vez a ayudar, pero desde dentro se les ha ordenado que subieran de inmediato, que ni su coche era una ambulancia, ni ellos eran médicos que pudieran atenderle, ya intervendrá la autoridad del lugar, les ha advertido. Han partido indiferentes, pensando que más pronto o más tarde la policía de tráfico intervendría.
Uno lo puede imaginar y meditar en este privilegiado paraje, pero lo mismo, sin duda, en cualquier carretera de las nuestras.
El samaritano de la parábola era en aquel momento y tramo un extranjero. Si quería ir a su país debía haber escogido otra carretera. Disponía de algún dinero, no demasiado. Podía solucionarle de momento su triste situación durante un día. Lo poco que llevaba consigo, vino y aceite, estaba destinado a su sustento, pero también era apropiado para curar sus lesiones. Uno desinfectaba la herida, el otro cubría de tal manera la magulladura, que la aislaba de patógenos. Lo poco que tenía para sí y le servía, servía lo entregó se lo entregó al desconocido, amén de pagar anticipadamente la pensión de la fonda donde lo dejó.
En situaciones muy diferentes nos encontraremos nosotros, pero semejantes en cuanto que pobres, marginados, hambrientos, sin papeles, ni contratos, nos rodean

¿Qué hacemos en tales situaciones? ¿qué escusas ponemos para continuar viviendo indiferentes?

(os advierto, queridos lectores, que en la actualidad, por la autovía que os mencionaba, en un trecho con posibilidad de detenerse y aparcar, hay un lugar llamado el kan del buen samaritano, recuerda la parábola, pero lamentablemente, más que facilitar la meditación, un tendido de recuerdos invita al viajero a comprar. Nunca he adquirido nada. Considero que un negocio aquí, es una profanación del evangelio)